





León Tolstói



Clásicos universales

León Tolstói

Lev Nikláievich Tolstói nació en 1828, en Yásnaia Poliana, en la región de Tula, en el seno de una familia aristocrática. En 1844, empezó a cursar Derecho y Lenguas Orientales en la Universidad de Kazán, pero dejó los estudios y llevó una vida algo disipada en Moscú y San Petersburgo.

En 1852, publicó *Infancia*, el primero de los textos autobiográficos que, seguido de *Adolescencia* (1854) y *Juventud* (1857), lo hicieron famoso, como el libro *Relatos de Sebastopol* (1855-1856), de corte realista y antibelicista en el que narra sus recuerdos de la guerra de Crimea. La fama, sin embargo, le disgustó y, después de un viaje por Europa en 1857, decidió instalarse en Yásnaia Poliana, donde fundó una escuela para hijos de campesinos.

El éxito de su monumental novela *Guerra y paz* (1865-1869) y de *Anna Karénina* (1873-1878), dos hitos de la literatura universal, no alivió una profunda crisis espiritual, de la que dio cuenta en *Mi confesión* (1878-1882), donde prácticamente renegó del arte literario y defendió un modo de vida basado en el Evangelio, la castidad, el trabajo manual y la renuncia a la violencia. A partir de entonces, el grueso de su obra lo compondrían fábulas y cuentos de orientación popular, tratados morales y ensayos como *¿Qué es el arte?* (1898) y algunas obras de teatro como *El poder de las tinieblas* (1886) y *El cadáver viviente* (1900); su única novela de esa época fue *Resurrección* (1899).

En reiteradas ocasiones fue nominado para el Premio Nobel de Literatura y de la Paz, pero nunca llegó a recibir tales premios. En 1901, fue excomulgado por la Iglesia ortodoxa. Murió en 1910, rumbo a un monasterio, en la estación de tren de Astápovo.

León tolstói

Clásicos universales



Clásicos Universales
León Tolstói

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

El niño de la piedra

UNA POBRE MUJER TENÍA UNA HIJA, Masha. Masha fue por la mañana por agua y vio que en la puerta había algo enrollado en un trapo. Masha posó los cubos y desenrolló el trapo. En cuanto tocó el trapo, algo empezó a gritar desde su interior: ¡Ua! ¡Ua! ¡Ua! Masha se inclinó y vio que se trataba de un pequeño bebé colorado. Gritaba fuerte: ¡Ua! ¡Ua! Masha lo cogió en brazos, lo metió en la casa, y se puso a darle leche con una cuchara. Su madre preguntó: «¿Qué has traído?». Masha contestó: «Un bebé, lo encontré en nuestra puerta». La madre dijo: «Con lo pobres que somos, ¡cómo vamos a alimentar además a un bebé! Iré a hablar con el jefe para que lo recojan». Masha se echó a llorar y suplicó: «Madre, no comerá mucho, déjalo aquí. Mira qué brazos y dedos más rojos y arrugados tiene». La madre lo miró y sintió pena por él. Se quedó con el bebé. Masha alimentaba y fajaba al bebé, y le cantaba canciones para dormirlo.

Aldeano y los pepinos

ÉRASE UNA VEZ UN ALDEANO que fue a robar pepinos a un huerto. Se arrastró hasta los pepinos y pensó: «Veamos, me llevo un saco de pepinos y los vendo, y con el dinero me compro una gallina. La gallina me pone huevos, los empolla, y cría muchos pollitos. Alimento los pollitos, los vendo, y compro un lechón, y se convierte en una cerda; me pare la cerda lechones. Vendo los lechones y compro una yegua; me pare una potrada. Crío los potros, y los vendo; compro una casa y planto un huerto. Planto un huerto y siembro pepinos. Pero no dejaré que me los roben, mantendré firme la guardia. Contrataré vigilantes, los pondré a vigilar los pepinos, y yo mismo daré una vuelta por allí de vez en cuando y les gritaré: "¡Eh ustedes, ni se les ocurra bajar la guardia!"». De tal manera se ensimismó el aldeano, que se olvidó completamente de que estaba en un huerto ajeno y gritó con todas sus fuerzas. Los guardias que le oyeron, saltaron sobre él y le zurraron de lo lindo.

El incendio

EN LA ÉPOCA DE LA COSECHA, los hombres y las mujeres se iban a trabajar. En la aldea se quedaban solo los más viejos y los más pequeños. En una isba se quedaron una abuela y sus tres nietecillos. La abuela encendió la estufa y se echó a descansar. Se posaron sobre ella moscas y la picaron. Se tapó la cabeza con una toalla y se durmió. Uno de los nietos, Masha, que tenía tres años, abrió la estufa, amontonó carbón en una vasija rota y se fue al zaguán. En el zaguán había gavillas. Las mujeres preparaban esas gavillas con ataduras de paja. Masha cogió el carbón, lo posó al lado de las gavillas y se puso a soplar. Cuando la paja comenzó a prender, se alegró, entró en la isba y volvió con Kiriushka, su hermano de año y medio, que empezaba a caminar, cogido de la mano, y le dijo: «Mira qué estufa aticé, Kiriushka». Las gavillas ya ardían y crepitaban. Cuando el zaguán se llenó de humo, Masha se asustó, y corrió a meterse en la isba. Kiriushka cayó en el umbral, se hizo daño en la nariz y empezó a llorar. Masha lo arrastró al interior de la isba y se escondieron los dos debajo de un banco. La abuela no había oído nada y seguía durmiendo. El chico mayor, Vania, de ocho años, estaba en la calle. Cuando vio que salía humo del zaguán, corrió hacia la puerta, entró volando en la isba a través del humo y despertó a

la abuela; pero la abuela, aturdida, entre sueños, no se acordó de los niños, dio un bote y salió corriendo en busca de gente. Masha, mientras tanto, seguía sentada bajo el banco, callada; el pequeño gritaba porque le dolía la nariz. Vania oyó sus gritos, miró debajo del banco y gritó a Masha: «¡Corre que te quemas!». Masha corrió hacia el zaguán, pero el humo y las llamas le impidieron pasar. Volvió atrás. Entonces Vania subió la ventana y le mandó salir por ella. Cuando Masha hubo pasado, Vania agarró al hermano y tiró de él. Pero el pequeño pesaba mucho y no se dejaba llevar. Lloraba y empujaba a Vania. Vania cayó dos veces antes de llegar a la ventana con él a rastras, la puerta de la isba ya estaba ardiendo. Vania metió la cabeza del niño por la ventana con la intención de empujarlo, pero el niño, que tenía mucho miedo, se aferró con las manos y no se soltaba. Entonces Vania gritó a Masha: «¡Agárralo por la cabeza!», mientras él le empujaba por el trasero. Y así fue como lo sacaron a la calle por la ventana y como ellos mismos saltaron fuera.

Cómo contaba el ayo cómo montaba él a caballo

EN NUESTRAS TIERRAS había un viejo anciano, Pimén Timofeich. Tenía 90 años. Vivía en casa de su nieto sin preocupaciones. Tenía la espalda encorvada, caminaba con bastón y movía las piernas despacio. No le quedaba ningún diente y su rostro estaba arrugado. Le temblaba el labio inferior; cuando caminaba y cuando hablaba pegaba los labios y era imposible entender lo que decía.

Nosotros éramos cuatro hermanos, y a todos nos gustaba montar a caballo. Pero no teníamos caballos dóciles para montar. Solo nos dejaban montar en un viejo caballo que se llamaba Voronok.

Una vez, madre nos permitió montar a caballo y fuimos los cuatro a la cuadra con el ayo. El cochero ensilló para nosotros a Voronok, y el primero en irse fue el hermano mayor. Cabalgó durante un largo rato. Fue a la era y alrededor del jardín, y, cuando venía de vuelta, le gritamos: «¡Venga, ahora al galope!». El hermano mayor comenzó a golpear a Voronok con las piernas y la fusta, y Voronok pasó de largo ante nosotros.

Después del hermano mayor montó otro hermano, y cabalgó durante bastante tiempo y también arreó a

Voronok con la fusta y galopó por la ladera del monte. Él todavía quería seguir, pero el tercer hermano le pidió que le dejara a él lo antes posible. El tercer hermano anduvo por la era y alrededor del jardín, además de por el pueblo, y fue a galope tendido por la ladera del monte hacia la cuadra. Cuando se acercó a nosotros, Voronok resoplaba, y se le habían oscurecido el cuello y las patas a causa del sudor.

Cuando llegó mi turno, quise impresionar a mis hermanos y demostrarles lo bien que montaba. Arreé a Voronok con todas mis fuerzas, pero Voronok no quería salir de la cuadra. Por más que le pegué no quiso galopar, daba un paso y volvía para atrás. Me puse furioso con el caballo y, con todas mis fuerzas, le golpeé con la fusta y los pies. Procuraba golpearle donde más le doliera, rompí la fusta y con lo que me quedó de ella le golpeé en la cabeza. Pero así todo Voronok no quiso galopar. Entonces di la vuelta, fui adonde el ayo y le pedí una fusta más fuerte. Pero el ayo me dijo:

—Basta de montar, caballero, bájese del caballo. ¿Para qué hacer sufrir al animal?

Me ofendí y dije: «¿Cómo? ¡Si no me he movido del sitio! ¡Verás cómo galopo ahora! Por favor, dame una fusta más fuerte. Lo voy a encender».

Entonces el ayo movió la cabeza y dijo:

—Ay, caballero, no tiene piedad. Qué le va a encender, si ya tiene veinte años. El caballo está agotado, respira con dificultad y aún así se esfuerza. ¡Es que es tan viejo! Tanto como Pimén Timofeich. Si os subierais a Timofeich y con todas sus fuerzas le arrearais con la fusta, ¿no le daría pena? Me acordé de Pimén, y entonces hice caso al ayo. Me bajé del caballo y cuando me fijé en lo sudoroso que llevaba el costado, la dificultad con la que respiraba por las fosas nasales y movía la cola pelada, comprendí que el caballo lo estaba pasando mal. Y sin embargo yo pensaba que se estaba divirtiendo tanto como yo. Me dio tanta pena de Voronok que cubrí de besos su sudoroso cuello y le pedí perdón por haberle pegado. Ya me he hecho mayor, pero siguen dándome pena los caballos, y siempre recuerdo a Voronok y a Pimén Timofeich cuando veo que hacen sufrir a alguno.

La mimbrera

POR SEMANA SANTA, un aldeano fue a mirar si la tierra se había deshelado. Entró en el huerto y con una estaca tentó la tierra. La tierra estaba empapada. El aldeano se fue al bosque. En el bosque ya abultaban los brotes en la mimbrera. El aldeano pensó: «Veamos, si planto mimbreras alrededor del huerto, crecerán y lo protegerán». Cogió un hacha, cortó una decena de mimbreras, desbastó de puntas gruesas las estacas y las hincó en la tierra. Todas las mimbreras echaron brotes con hojas en la parte superior, y en la inferior, por debajo de la tierra, echaron esos mismos brotes en lugar de raíces; y unas se agarraron a la tierra y prendieron, pero otras se agarraron a la tierra torpemente por las raíces, murieron y se cayeron.

En otoño el aldeano se alegró por sus mimbreras: seis habían prendido. En la primavera siguiente, las ovejas mordisquearon cuatro mimbreras, y quedaron solo dos. A la primavera siguiente también éstas fueron mordisqueadas por las ovejas. Una se perdió completamente, la otra se logró, comenzó a enraizarse y se convirtió en un árbol. En primavera, las abejas zumbaban mucho y fuerte en la mimbrera. En la época de enjambrazón a menudo se asentaban en la mimbrera

enjambres y los aldeanos los cogían. Las aldeanas y los aldeanos frecuentemente almorzaban y dormían bajo la mimbrera; y los muchachos trepaban a ella y le arrancaban mimbres.

Mucho después de que aquel aldeano, el que plantó la mimbrera, hubiera muerto, ella seguía creciendo. El hijo mayor le cortó ramas dos veces y las utilizó para la lumbre. Aún así, la mimbrera siguió creciendo. La podaron en redondo, dejaron solo una tuberosidad, pero en la primavera siguiente volvió a tener ramas, delgadas eso sí, pero el doble de largas que las anteriores, como pasa con la crin del potrillo. El hijo mayor dejó de atender la finca, y el pueblo fue abandonado, pero la mimbrera siguió creciendo en el campo yermo. Llegaron aldeanos de otras tierras, la cortaron y aún así creció. La tormenta azotó la mimbrera, salvó las ramas laterales, creció y floreció. Un aldeano quería hacerla estacas, pero abandonó la idea porque estaba cubierta de barro. La mimbrera cayó de costado y quedó sujeta solo por un lado, y aún así creció, y cada año llegaban volando abejas a libar el néctar de sus flores. Una vez se reunieron los muchachos, a principios de la primavera, a cuidar los caballos bajo la mimbrera. Sintieron frío y decidieron encender un fuego, reunieron rastrojos, ajenjo, broza. Uno trepó a la mimbrera y cortó ramas. Lo amontonaron todo en el hueco de la mimbrera y le prendieron fuego. Chisporroteó la mimbrera, hirvió

la savia en ella, salió humo y el fuego se extendió, todo su interior ennegreció. Los brotes jóvenes se arrugaron, las flores se marchitaron. Los muchachos llevaron los caballos de vuelta a casa. La mimbrera quemada se quedó sola en el campo. Llegó volando un cuervo negro y gritó: «¡Vaya, la diñó la vieja badila! ¡Ya era hora!».

Cómo aprendí a montar caballo
(Relato aristócrata)

CUANDO VIVÍAMOS EN LA CIUDAD, estudiábamos todos los días, solo los domingos y los festivos salíamos a pasear y jugábamos entre nosotros. Un día padre dijo: «Los chicos mayores tienen que aprender a montar a caballo. Hay que mandarlos al picadero». Yo era el más pequeño de todos los hermanos y pregunté: «¿Puedo aprender yo?». Padre dijo: «Tú te caes». Insistí en que me enseñaran también a mí, y faltó poco para que me pusiera a llorar. Padre dijo: «Está bien, a ti también. Pero procura no llorar cuando te caigas. Quien no se cae ni una sola vez del caballo no aprende a montar».

Cuando llegó el miércoles, nos llevaron a los tres al picadero. Entramos en un gran soportal, y del gran soportal pasamos a un pequeño porche. Y al lado del porche había una gran habitación. En el suelo de la habitación había arena. Y en esta habitación montaban a caballo caballeros, damas y también muchachos como nosotros. Eso era el picadero. En el picadero no había mucha luz y olía a caballo, y se oía cómo golpeaban con la fusta, gritaban a los caballos, y los caballos golpeaban con los cascos las paredes de madera. Al principio me asusté y no podía fijarme en nada. Después nuestro ayo llamó al instructor y dijo: «Déles caballos a estos chicos, van a aprender a montar». El instructor dijo: «Vale».

Después me miró a mí y añadió: «Este es muy pequeño». Y el ayo dijo: «Ha prometido que no llorará cuando se caiga». El instructor se echó a reír y se fue. Después trajo tres caballos ensillados; nos quitamos los capotes y bajamos por la escalera al picadero, el instructor sujetaba el caballo con una cuerda y mis hermanos cabalgaban formando un círculo alrededor de él. Al principio iban al paso, después al trote. Después trajeron un caballito pequeño, un alazán con la cola cortada. Se llamaba Chervonchik. El instructor se rió y me dijo: «A ver, caballero, siéntese». Yo estaba tan contento como asustado, pero procuraba actuar de manera que nadie lo notara.

Intenté durante un buen rato meter el pie en el estribo, pero no había manera, realmente era demasiado pequeño. Entonces el instructor me cogió en brazos y me subió a la silla. «No es pesado el señor, unas dos libras, no creo que pese más», dijo.

Al principio me cogió de la mano, pero yo había visto que a mis hermanos no los habían sujetado y le pedí que me soltara. «¿Y no tiene miedo?», me preguntó. Tenía mucho miedo pero le dije que no. Tenía miedo sobre todo porque Chervonchik no hacía más que agachar las orejas. Pensé que estaba enfadado conmigo. El instructor dijo: «¡Tenga cuidado de no caer!», y me soltó. Al principio

Chervonchik iba al paso y yo me mantenía recto. Pero la silla era resbaladiza y tenía miedo a torcerme. «¿Qué, se afianzó?», me preguntó el instructor. «Me afiancé», le dije. «Bien, pues ahora al trote», y el instructor chasqueó la lengua.

Chervonchik echó a correr a trote ligero y comenzó a lanzarme hacia arriba. Pero yo no dije nada y procuraba no deslizarme hacia un lado. El instructor me halagó: «¡Sí señor, muy bien!». Cosa que me alegró mucho.

En ese momento se acercó al instructor un compañero suyo y se puso a hablar con él, y el instructor dejó de mirarme.

De pronto sentí que me torcía un poco hacia un lado de la silla. Quería enderezarme pero no era capaz. Quería llamar al instructor para que él lo parara pero pensé que hacer eso sería una vergüenza y callé. El instructor no me miraba. Chervonchik seguía trotando y yo cada vez me iba más hacia un lado. Miré al instructor y deseé que me ayudara, pero él seguía hablando con su amigo y, sin mirarme, dijo: «¡Muy bien caballero!». Yo ya estaba completamente de lado y tenía mucho miedo. Pensé que estaba perdido. Pero me daba vergüenza gritar. Chervonchik tiró de mí otra vez, me fui completamente de lado y caí al suelo. Entonces Chervonchik se paró, el

instructor miró y vio que yo no estaba sobre Chervonchik. Dijo: «¡Vaya! Se cayó mi caballero», y se acercó a mí. Cuando le dije que no me había hecho daño, se echó a reír y dijo: «El cuerpo de los niños es blando». Pero me apetecía llorar. Le pedí que me subiera a la silla de nuevo, y me sentó. Y no volví a caer.

Así fuimos al picadero dos veces a la semana, y yo enseguida aprendí a montar bien y sin miedo.

Bulka (Cuento de oficial)

YO TENÍA UN CHUCHO. Lo llamábamos Bulka. Era totalmente negro, excepción hecha de los extremos de las patas delanteras que eran blancos. Todos los chuchos tienen la mandíbula inferior más larga que la superior y los dientes superiores quedan detrás de los inferiores, pero Bulka tenía la mandíbula inferior tan prominente que se podía meter un dedo entre los dientes inferiores y los superiores. Bulka tenía el rostro ancho; los ojos grandes, negros y brillantes; y los dientes y los colmillos blancos, siempre fuera. Parecía un negrito. Bulka era tranquilo y no mordía, pero era muy fuerte y tenaz. Cuando se aferraba a lo que fuera, cosa que a veces ocurría, apretaba los dientes y quedaba colgado como un trapo y no había manera de arrancarlo, como si fuera unas tenazas.

Una vez lo azuzaron contra un oso, se agarró del oso por la oreja y se quedó allí colgado, como una sanguijuela. El oso le golpeó con las patas, lo apretó contra él, lo zarandeó de un lado a otro, pero no se lo pudo arrancar y se tiró de cabeza para aplastar a Bulka, pero aún así Bulka permaneció agarrado a él, hasta que le echaron agua fría. Lo cogí cuando era un cachorro y yo mismo lo crié. Cuando me fui a servir al Cáucaso, no quería

llevarlo y me alejé sigilosamente, además de ordenar que lo encerraran. Estaba en la primera estación de postas con intención de cambiarme a otra diligencia, cuando de pronto vi que por el camino rodaba algo negro y brillante. Era Bulka con su collar de cobre. Corría a pleno pulmón hacia la estación. Se abalanzó sobre mí, me lamió la mano y se tumbó a la sombra bajo la telega. Tenía la lengua completamente fuera. Tan pronto la sorbía, tragándose la saliva, como la sacaba completamente. Se apuraba de tal manera que no le daba tiempo a respirar, le temblaba mucho el costado. Se revolcaba y golpeteaba la tierra con el rabo.

Después supe que, tras mi partida, había hecho un agujero en el marco y había saltado por la ventana, y sin más, con el fin de seguirme, había echado a correr por el camino, y había recorrido a la carrera unas veinte verstas con un calor sofocante.

Bulka y el Jabalí (Relato)

UNA VEZ EN EL CÁUCASO, fuimos a cazar jabalíes, y Bulka vino corriendo conmigo. En cuanto los galgos salieron en tropel, Bulka se lanzó tras sus gritos y desapareció en el bosque. Esto ocurrió en el mes de noviembre, entonces los jabalíes y los cerdos suelen estar muy gordos. En el Cáucaso, en los bosques donde viven los jabalíes, suele haber muchos frutos sabrosos: uvas silvestres, piñas, manzanas, peras, moras, bellotas, endrinos. Y cuando todos estos frutos maduran y caen por las heladas, los jabalíes se atiborran y engordan.

En esa época el jabalí suele estar tan gordo que no puede correr mucho delante de los perros. Tras ser perseguido unas dos horas, se queda atascado en el espesor del bosque y se para. Entonces los cazadores corren hacia ese lugar, donde él permanece quieto, y disparan. Por el ladrido del perro se puede saber si el jabalí está parado o corriendo. Si corre, los perros ladran con chillidos, como si les estuvieran pegando; y si está parado, ladran como ladrarían a una persona, y aúllan.

En esta cacería corrí mucho por el bosque, pero no tuve ni una sola ocasión de cortar el paso a un jabalí. Por fin, oí un ladrido prolongado y un aullido de los perros

de caza y corrí hacia ellos. Estaba realmente cerca del jabalí. Podía oír los crujidos en la fronda. Era el jabalí revolviéndose con los perros. Pero por los ladridos se podía percibir que no lo habían cogido, solo daban vueltas cerca.

De pronto, sentí algo que susurraba detrás, y vi a Bulka. Evidentemente, había perdido a los galgos en el bosque y estaba confundido, y ahora al escuchar los ladridos igual que yo, rodaba con furia hacia ese lado. Corría campo a través, entre la hierba alta, solo le veía la negra cabeza y la lengua mordida entre los blancos dientes. Le di una voz, pero no se volvió, me dejó atrás y se escondió en la espesura. Corrí detrás de él, pero cuanto más lejos iba, más frondoso se hacía el bosque. Las ramas me arrancaban el sombrero, me golpeaban la cara, las espinas de los endrinos me enganchaban la ropa. Estaba cerca de los ladridos pero no podía ver nada. De pronto, oí que los perros comenzaban a ladrar más fuerte, algo crujió fuerte y el jabalí empezó a resoplar y se puso ronco. Creí que Bulka lo había alcanzado y se estaba ocupando de él. Sacando fuerzas de flaqueza, corrí a través de la espesura hacia aquel lugar. En plena espesura vi un galgo cárdeno. Ladraba y no se movía del sitio, y a tres pasos de él se veía algo negro que hacía ruido.

Cuando me acerqué, vi al jabalí y oí que Bulka estruendosamente empezaba a gañir. El jabalí comenzó a gruñir y a lanzar zarpazos al galgo, el galgo metió el rabo entre las piernas y saltó a un lado. Pude ver el costado y la cabeza del jabalí. Apunté al costado y disparé. Vi que había acertado. El jabalí gruñó y comenzó a alejarse de mí por la espesura. Los perros gañían, ladraban persiguiéndole, y yo me lancé por el bosque tras ellos. De pronto, casi a mis pies, vi y oí algo. Era Bulka. Estaba tirado de costado y chillaba. Debajo de él había un charco de sangre. Pensé: adiós perro, pero ahora no puedo ocuparme de él; y seguí adelante. Enseguida vi al jabalí. Los perros lo habían alcanzado por detrás, y él se revolvía de un lado a otro. Cuando el jabalí me vio, se vino hacia mí. Le disparé otra vez, casi a bocajarro, de tal manera que el cañón le quemó, y comenzó a ponerse ronco y a tambalearse, y se desplomó pesadamente.

Cuando me acerqué, el jabalí ya estaba muerto, ya solo se hinchaba aquí y allá, y sufría sacudidas. Pero los perros estaban erizados, unos lo desgarraban por la barriga y las patas, y los otros le lamían la sangre de las heridas.

Entonces me acordé de Bulka y me fui a buscarlo. Él salió a mi encuentro arrastrándose y gimiendo. Me acerqué a él, me acuclillé y examiné su herida. Tenía abierto el vientre y todo un ovillo de tripas le arrastraba

por las hojas secas. Cuando llegaron mis compañeros, le recolocamos las tripas y le cosimos el vientre. Mientras le pinchábamos la piel para coserle el vientre, no hacía más que lamerme la mano. Atamos el jabalí a la cola del caballo para sacarlo del bosque, y tumbamos a Bulka sobre el caballo, y así fue como lo llevamos a casa. Bulka estuvo seis semanas enfermo y se curó.

Faisanes (Descripción)

EN EL CÁUCASO A LAS GALLINAS SALVAJES las llaman faisanes. Hay tantos, que allí son más baratos que las gallinas de corral. A los faisanes se les da caza «con caballete», «después de hacerle sentarse» y «tras el perro».

He aquí como se caza «con caballete»: se coge una lona, se tensa en un bastidor, en el medio del bastidor se coloca un travesaño, y en la lona se hace un agujero. Este bastidor con lona se llama caballete. Con este caballete y con la escopeta se sale al bosque al amanecer. Se lleva el caballete por delante, y por el orificio se mira a los faisanes. Los faisanes, al amanecer, se alimentan en los claros del bosque; a veces la nidada completa, la clueca y los polluelos, a veces el gallo con la gallina, a veces varios gallos juntos.

Los faisanes no ven a la persona, y como no tienen miedo de la lona se acercan a ella. Entonces el cazador planta el caballete, asoma la escopeta por el agujero y dispara a placer. «Después de hacerle sentarse» se caza así: se suelta un perro de corral en el bosque y se va detrás de él. Cuando el perro encuentra un faisán, se lanza sobre él. El faisán vuela al árbol, y entonces el perro comienza

a ladrarle. El cazador va hacia los ladridos y dispara al faisán que está en el árbol. Esta caza sería fácil si el faisán se posara en el árbol en un lugar despejado y se quedara en una rama, de manera que se le pudiera ver. Pero los faisanes siempre se posan en árboles frondosos, en la espesura, y en cuanto divisan al cazador, se esconden entre las ramas. Y suele ser difícil acercarse entre la espesura al árbol en el que está el faisán, y verlo. Cuando el perro ladra al faisán, este no se asusta, permanece en la rama e incluso gallea y bate las alas. Pero en cuanto ve a una persona, se tiende en la rama de manera que solo un cazador experimentado puede distinguirlo, mientras que uno no acostumbrado no verá nada aúnque esté al lado.

Cuando los cosacos se acercan cautelosamente a los faisanes, se calan las gorras y no miran hacia arriba, porque los faisanes tienen miedo a la gente con escopeta pero lo que les asusta por encima de todo son sus ojos.

«Tras del perro» se caza de esta manera: se coge un perro perdiguero y se va tras él por el bosque. El perro olfatea el lugar en el que estuvieron y se alimentaron los faisanes al amanecer, y descifra sus huellas. Y por mucho que hayan enredado los faisanes, un buen perro siempre encuentra la última huella, la salida del lugar donde se alimentaron. Cuanto más tiempo siga el perro las huellas, más fuerte le olerán, y así alcanzará el lugar donde los

faisanes pasan el día sentados en la hierba o caminando. Cuando llegue cerca, entonces le parecerá que el faisán está allí, justo delante de él, y comenzará a moverse con cautela, para no asustarlo, y se parará para saltar de golpe y cogerlo. Cuando el perro llega justo al lado, el faisán vuela y el cazador dispara.

Milton y Bulka (Relato)

ME COMPRÉ UN PERRO PERDIGUERO para cazar faisanes. El perro se llamaba Milton. Era alto, delgado, gris con manchas, de belfos muy colgantes y largas orejas, muy fuerte e inteligente. No se peleaba con Bulka. Ningún perro se ha peleado nunca con Bulka. En cuanto él enseña sus dientes, a veces ocurría, los perros meten el rabo entre las patas y se alejan. Una vez me fui a cazar faisanes con Milton. Sin esperarlo, Bulka vino corriendo en pos de mí al bosque. Yo quise echarlo pero no hubo manera. Y la casa estaba demasiado lejos como para llevarlo de vuelta. Pensé que no me molestaría y seguí adelante; pero en cuanto Milton olfateó los faisanes en la hierba y comenzó a buscar, Bulka se lanzó hacia delante y comenzó a entremeterse por todas partes. Intentaba coger un faisán antes que Milton. Olisqueó algo en la hierba, saltó, giró, pero su olfato era malo, y no pudo hallar huella alguna; miró a Milton y corrió hacia donde Milton había ido. En cuanto Milton daba con alguna pista, Bulka se le ponía delante. Llamé a Bulka, le pegué, pero como si nada. Tan pronto como Milton comenzaba a buscar, él se lanzaba delante y le molestaba. Yo ya quería volver a casa porque pensaba que la caza se había estropeado, pero Milton discurrió mejor que yo cómo engañar a Bulka. He aquí lo que hizo: en cuanto Bulka le adelanta, Milton

abandona la pista, da la vuelta hacia otro lado y hace como que busca. Bulka se lanza hacia allá, hacia donde Milton había señalado, Milton me mira, mueve el rabo y vuelve otra vez sobre la huella auténtica. Bulka de nuevo corre hacia Milton, lo adelanta, y otra vez Milton da unos diez pasos hacia otro lado, engaña a Bulka y de nuevo me dirige a mí directamente. De manera que durante toda la cacería engañó a Bulka y no le permitió arruinárnosla.

La tortuga (Relato)

UNA VEZ FUI DE CAZA CON MILTON. Cerca del bosque empezó a buscar, estiró el rabo, levantó las orejas y empezó a reconocer el olor. Preparé la escopeta y fui tras él. Pensé que buscaba una perdiz, un faisán o una liebre. Pero Milton no se fue hacia el bosque sino hacia el campo. Fui tras él y miré hacia delante. De pronto vi lo que Milton estaba buscando. Delante de él corría una tortuga no muy grande, del tamaño de una gorra. La cabeza pelada gris oscura estaba estirada en el largo cuello, como un pistilo; la tortuga movía ampliamente las peladas patas, y toda su espalda estaba cubierta por un caparazón.

Cuando vio al perro, escondió las patas y la cabeza y se hundió en la hierba, de manera que solo se veía una concha. Milton la cogió y comenzó a roerla, pero no la pudo morder porque la tortuga tiene en la panza la misma concha que en la espalda. Solo por delante, por detrás y en el costado hay aberturas, por las que saca la cabeza, las patas y la cola.

Le quité la tortuga a Milton y examiné cómo estaba dibujada su espalda, qué concha tenía y cómo se escondía en ella. Cuando la coges en la mano y miras dentro del

caparazón, en el interior, como en un sótano, se ve algo negro y vivo. Solté la tortuga en la hierba y continué mi camino pero Milton no quería dejarla y la trajo entre los dientes tras de mí. De pronto Milton lanzó un aullido y la soltó. La tortuga le había metido una pata por la boca y le había arañado. Eso enfadó tanto a Milton que comenzó a ladrar y de nuevo la cogió y la trajo tras de mí. Yo de nuevo le ordené que la soltara, pero Milton no me escuchaba. Entonces le quité la tortuga y la tiré. Pero él no la dejó en paz. Se puso a cavar un hoyo con las patas cerca de ella. Y cuando abrió el agujero, con las patas, tiró la tortuga al hoyo y lo tapó con tierra.

Las tortugas viven en la tierra y en el agua como las culebras y las ranas. Las crías nacen de los huevos. Ponen los huevos en la tierra, y no los empollan, los huevos se rompen solos, como las huevas de los peces, y de ellos salen las tortugas. Hay tortugas pequeñas, como un platito, y grandes, de tres arshines de longitud y veinte pudes de peso. Las tortugas grandes viven en los mares.

Una tortuga en primavera pone cientos de huevos. La concha de la tortuga es su costillaje. En las personas y otros animales las costillas son independientes, pero en las tortugas se unen formando el caparazón. Lo principal es que en todos los animales, las costillas están en el interior, bajo la carne, y en las tortugas las costillas están encima, y la carne debajo ellas.

Bulka y el Lobo

CUANDO ME FUI DEL CÁUCASO, allí todavía había guerra, y por la noche era peligroso salir sin escolta. Yo quería irme lo más temprano posible por la mañana, y por eso no me acosté. Mi amigo vino para acompañarme y estuvimos sentados toda la tarde y toda la noche en la calle de la *stanitsa* delante de mi *jata*.

Era una noche neblinosa de luna, y había tanta luz que se podía leer a pesar de que la luna no se veía.

De pronto, en medio de la noche, oímos que al otro lado de la calle, en el corral, chillaba un lechón. Uno de nosotros gritó: «¡El lobo está asfixiando a un lechón!». Entré corriendo a mi *jata*, cogí la escopeta cargada y salí corriendo a la calle. Todos estaban a la puerta del corral en el que chillaba el lechón y me gritaban: «¡Aquí!». Milton se lanzó tras de mí, seguramente pensó que me iba de caza con la escopeta, y Bulka levantó sus cortas orejas y corría de un lado para otro como si se preguntara a quién le mandarían atacar. Cuando me acerqué corriendo al seto, vi que desde ese mismo lado del corral, directamente hacia mí, corría un animal. Era un lobo. Se acercó corriendo al seto y se subió de un salto. Me alejé de él con cuidado y preparé la escopeta. En cuanto

el lobo saltó del seto hacia donde yo estaba, apunté casi a bocajarro y apreté el gatillo; pero la escopeta hizo «chic» y no disparó. El lobo no se paró y atravesó la calle corriendo. Milton y Bulka se lanzaron tras él. Milton estaba cerca del lobo, pero era evidente que tenía miedo a atraparlo, y Bulka, como sus cortas patas le impedían ir más deprisa, no conseguía alcanzarlo. Nosotros también corrimos tras el lobo tan rápido como pudimos, pero el lobo y los perros desaparecieron de nuestra vista. Solo oímos un ladrido suave procedente de una zanja en un rincón de la *stanitsa* y, a través de la neblina lunar, vimos que se levantaba polvo y que los perros armaban alboroto con el lobo. Cuando llegamos corriendo a la zanja, el lobo ya no estaba, y los dos perros se volvieron hacia nosotros con el rabo levantado y el rostro enfadado. Bulka gruñía y me empujaba con la cabeza, era evidente que quería decir algo pero no sabía cómo.

Examinamos a los perros y nos dimos cuenta de que Bulka tenía en la cabeza una pequeña herida. Estaba claro que había alcanzado al lobo delante de la zanja pero no había conseguido agarrarlo, el lobo le había enseñado los dientes y había salido corriendo. La herida no era muy grande, así que no suponía ningún peligro.

Volvimos a la *jata*, nos sentamos y hablamos de lo que había pasado. Yo estaba enfadado porque mi escopeta había fallado y no hacía más que pensar que si hubiera

disparado el lobo se habría quedado en el sitio. Mi amigo estaba asombrado: cómo había podido colarse el lobo en el corral. Un cosaco anciano decía que no había nada de que asombrarse, que no había sido un lobo, que había sido una bruja y que ella había hechizado mi escopeta. Así estábamos sentados conversando, cuando de pronto los perros salieron corriendo y otra vez vimos en medio de la calle, delante de nosotros, al mismo lobo; pero en esta ocasión nuestros gritos le hicieron huir con tanta rapidez que los perros no lo alcanzaron.

Después de esto, el viejo cosaco quedó absolutamente convencido de que no se trataba de un lobo sino de una bruja, y yo pensé si no sería un lobo rabioso, porque nunca había visto ni oído que un lobo volviera otra vez al pueblo después de haber sido perseguido de aquel modo.

Por si acaso, espolvoreé pólvora en la herida de Bulka y le prendí fuego. La pólvora se encendió y cauterizó la parte enferma.

Cautericé la herida con pólvora con el fin de que se quemara la saliva rabiosa si todavía no había llegado a la sangre. Porque si había caído saliva y había pasado a la sangre, yo sabía que por la sangre se dispersaba por todo el cuerpo y entonces ya era imposible curarlo.

Lo que le sucedió a Bulka en Piatigorsk (Relato)

DE LA STANITSA no me fui directamente a Rusia, fui primero a Piatigorsk, y allí me quedé dos meses. Milton se lo regalé a un cosaco cazador y a Bulka lo llevé conmigo a Piatigorsk.

Piatigorsk se llama así debido a que se encuentra en la montaña Beshtau. Y *Besh* en tártaro significa *Piati* [cinco], y *tau gora* [montaña]. De esta montaña brota agua caliente sulfúrea. Esta agua está ardiendo, como hervida, y sobre el lugar por donde discurre el agua desde la montaña siempre hay vapor, como sobre el samovar. Toda la zona, donde está la ciudad, es muy alegre. De la montaña brota un manantial caliente, por la montaña fluye el río Podkumok. En la montaña hay bosque, alrededor, campo, y a lo lejos siempre se ven las altas montañas del Cáucaso. En esas montañas la nieve no se derrite nunca, están siempre blancas, como azúcar. Una gran montaña, Elbrus, cuando el tiempo está despejado, se ve desde todas partes como una cabeza blanca de azúcar. A las fuentes calientes vienen a curarse; por encima de las fuentes hicieron cenadores, cobertizos y, alrededor, floridos jardines y caminos. Por la mañana suena la música y la gente bebe agua o se baña y pasea.

La ciudad propiamente dicha se encuentra en la montaña, y cerca de la ciudad hay un pueblo. Yo me alojé en ese pueblo, en una pequeña casita. La casita se levantaba en un patio, frente a las ventanas había un jardín, y en el jardín estaban las abejas del dueño, no en un tronco, como en Rusia, sino en canastos redondos. Eran abejas tan tranquilas que por la mañana solía sentarme con Bulka en el jardín entre las colmenas.

Bulka andaba entre las colmenas, se sorprendía con las abejas, olfateaba, escuchaba sus zumbidos, pero se acercaba a ellas con tanto cuidado que no las molestaba y ellas no lo tocaban.

Una mañana, al volver a casa de las aguas, me senté a tomar café en el jardincito. Bulka comenzó a rascarse tras las orejas y a hacer sonar el collar. El ruido desasosegaba a las abejas, así que le quité el collar. Poco después, oí un extraño y estremecedor ruido que venía de la ciudad, de la montaña. Los perros ladraban, aullaban, gañían, la gente gritaba, y el ruido que venía de la montaña estaba cada vez más cerca de nuestro barrio. Bulka dejó de rascarse, metió su ancha cabeza con blancos dientes entre las blancas patas delanteras, metió la lengua en la boca como pudo, y mansamente se tumbó cerca de mí. Cuando escuchó el ruido, como si entendiera qué sucedía, aguzó el oído, enseñó los dientes, dio un salto y comenzó

a gruñir. El ruido se acercaba. Absolutamente todos los perros de la ciudad aullaban, gañían y ladraban. Salí a la puerta a mirar, y la dueña de la casa salió también. Le pregunté: «¿Qué ocurre?». «Son los presidiarios, que están matando a los perros. Hay demasiados perros y las autoridades municipales ordenaron matar a todos los perros de la ciudad».

—¿Cómo? ¿Y matarían a Bulka si se lo tropezaran?

—No, no hay orden de matar a los que lleven collar.

En ese momento, como dije, los presidiarios llegaban ya a nuestro patio. Delante iban soldados, detrás cuatro presidiarios encadenados. Dos de los presidiarios llevaban en las manos largos ganchos de hierro, y los otros dos, garrotes. Ante nuestra puerta, uno de los presidiarios enganchó a un perro de corral, lo arrastró al medio de la calle y otro de los presidiarios comenzó a golpearlo con el garrote. El perrillo gañía de una manera espantosa y los presidiarios gritaban no sé qué y se reían. El presidiario con el gancho dio la vuelta al perrito y cuando vio que estaba muerto sacó el gancho y miró a ver si había algún perro más.

En ese momento, Bulka, precipitadamente, de la misma manera que se había lanzado sobre el oso, saltó sobre ese presidiario. Me acordé de que estaba sin collar

y grité: «¡Bulka, atrás!», y grité a los presidiarios para que no golpearan a Bulka. Pero el presidiario, que había visto a Bulka, se echó a reír, golpeó diestramente con el gancho a Bulka y lo enganchó por la cadera. Bulka retrocedió de un salto, pero el presidiario tiró hacia sí y gritó a otro: «¡Golpea!». El otro levantó el garrote, y habrían matado a Bulka si no fuera porque este saltó, la piel de la cadera se rasgó, y con el rabo entre las patas, con una roja herida en la pata, a todo correr voló a la portilla, se metió en casa y se acurrucó debajo de mi cama. Se salvó gracias a que su piel se rasgó de lado a lado en el lugar donde había estado el gancho.

El final de Bulka y de Milton (Relato)

BULKA Y MILTON FALLECIERON A LA VEZ. El viejo cosaco no supo tratar a Milton. En lugar de llevarlo con él solo a cazar aves, lo llevó a cazar jabalíes. Y aquel mismo otoño un jabalí *sekach* lo rajó. Nadie supo coserlo, y Milton murió.

Bulka tampoco vivió mucho después de salvarse de los presidiarios. Al poco de su salvación de los presidiarios empezó a ponerse triste y a lamer todo lo que encontraba. Me lamía la mano, pero no como antes cuando hacía mimos. Lamía durante mucho tiempo y apretaba la lengua con fuerza, y después empezaba a agarrar con los dientes. Era evidente que necesitaba morder la mano, pero no quería. Dejé de darle la mano. Entonces empezó a lamer mi bota, la pata de la mesa, y después a mordisquear la bota o la pata de la mesa. Estuvo así dos días y al tercer día desapareció, y no se supo más de él.

Robarlo era imposible, y huir de mí no podía. Así que como esto ocurrió seis semanas después de que lo mordiera el lobo, deduzco que el lobo tenía la rabia.

Bulka se puso rabioso y huyó. Le ocurrió lo que entre cazadores se llama *stechka*. Dicen que la rabia consiste en eso, en que al animal rabioso le dan calambres en

la garganta. Los animales rabiosos quieren beber y no pueden porque con el agua los calambres se hacen más fuertes. Entonces la sed y el dolor los sacan de sus casillas y empiezan a morder. Es verdad que Bulka empezaba a sufrir esos calambres cuando comenzaba a lamer y después a morder mi mano y la pata de la mesa. Recorrí los alrededores preguntando por Bulka, pero no pude averiguar por dónde andaba ni cómo murió. Si hubiera corrido y mordido, como hacen los perros rabiosos, habría oído hablar de ello. Pero seguramente se metió en algún lugar de la espesura y murió allí, solo. Los cazadores dicen que cuando un perro inteligente se convierte en *stechka* huye al campo o al bosque y allí busca hierbas, las que necesita, se revuelca en el rocío y se cura solo. Evidentemente Bulka no pudo curarse. No volvió y desapareció.

La liebre (Descripción)

UNA LIEBRE EUROPEA MACHO vivía por el invierno cerca del pueblo. En una ocasión, cuando llegó la noche, levantó una oreja y escuchó; después levantó la otra, alastró, olfateó y se sentó sobre las patas traseras. A continuación dio unos cuantos saltos sobre la gruesa capa de nieve y volvió a sentarse sobre las patas traseras, y se puso a mirar. Alrededor no se veía otra cosa que no fuera nieve. La nieve hacía ondas y brillaba como si fuera azúcar. Por encima de la cabeza de la liebre había vapor helado, y a través de este vapor se veían grandes estrellas brillantes.

La liebre necesitaba cruzar el camino principal para llegar a un granero que conocía. En el camino principal se oía cómo chirriaban los patines, resoplaban los caballos, crujían los asientos en los trineos.

La liebre se paró de nuevo cerca del camino. Unos hombres caminaban junto a los trineos con los cuellos de los *caftanes* levantados. Casi no se les veía la cara. Tenían las barbas, el bigote y las pestañas blancas. Y de sus bocas y narices salía vaho. Sus caballos estaban sudorosos y tenían escarcha pegada al sudor. Los caballos llevaban puestas colleras, daban empujones, cabeceaban,

reaparecían en los altos. Los hombres alcanzaban a los caballos, los adelantaban y les pegaban con las fustas. Dos ancianos caminaban juntos, y uno le contaba al otro cómo le habían robado un caballo.

En cuanto pasó el convoy, la liebre saltó al camino y sin prisa se dirigió al granero. Un perro del convoy vio a la liebre. Empezó a ladrar y se lanzó tras ella. La liebre se fue a toda prisa hacia el granero por los montículos de nieve; la liebre no se hundía, pero el perro al décimo salto se atascó en la nieve y se paró. Entonces, la liebre también se paró, se apoyó sobre las patas traseras y lentamente fue hacia el granero. Por el camino, en el huerto, encontró dos liebres. Estaban comiendo y jugando. La liebre jugueteó con sus compañeras, escarbó con ellas en la nieve helada, comió los cultivos de invierno y siguió adelante. En el pueblo todo estaba en silencio, las luces apagadas. Solo se oía el llanto de un bebé en una isba a través de las paredes y el crujido de la helada en los troncos de las isbas. La liebre pasó al granero y allí encontró compañeras. Retozó con ellas, comió avena de una pequeña barrica empezada, se encaramó al tejado cubierto de nieve, a la mostelera y, a través del cercado, volvió hacia su barranco. Por el este despuntaba la aurora, había menos estrellas y el vapor helado ya se disipaba. En la aldea cercana se despertaron las mujeres y salieron a por agua; los hombres llevaban forraje del granero, los niños gritaban y lloraban. Por

el camino pasaron aún más convoyes, y los hombres hablaban en voz alta.

La liebre cruzó el camino a saltos, se fue hacia su vieja madriguera, buscó un lugar más elevado, quitó la nieve, se tumbó de espaldas en la nueva madriguera, apoyó las orejas en el lomo y se durmió con los ojos abiertos.

Dios ve la verdad, pero tarda en decirla (Hecho verídico)

EN LA CUIDAD DE VLADIMIR vivía un joven comerciante, Axionov. Tenía dos tiendas y casa.

Axionov era castaño claro, rizoso, guapo, un gran juerguista y cantante. De joven Axionov bebía mucho, y cuando se emborrachaba se alborotaba, pero al casarse dejó de beber y solo muy de tarde en tarde volvía a las andadas.

Un verano, Axionov fue a Nizhny, a la feria. Cuando se estaba despidiendo de la familia, la esposa le dijo:

—Iván Dmitrievich, no vayas, he tenido en sueños un mal presagio sobre ti. Axionov se rió y dijo:

—¿Todavía tienes miedo de que me corra una juerga en la feria?

La esposa le contestó:

—Yo misma no sé de qué tengo miedo, pero vi el mal, lo vi. Como si llegaras de la ciudad, te quitaras la gorra, y al mirarte viera tu cabeza cubierta de canas.

Axionov se echó a reír:

—Eso significa ganancias. Ya verás como vendo toda la mercancía y traigo regalos muy caros.

Se despidió de la familia y se fue.

A mitad de camino se encontró con un comerciante conocido y se paró con él a pernoctar. Bebieron té juntos y se echaron a dormir en dos habitaciones contiguas. A Axionov no le gustaba dormir mucho; se despertó a media noche y, para aprovechar la fresca que le haría más llevadero el camino, despertó al cochero y le ordenó enganchar. Después pasó a la isba de servicio, hizo cuentas con el dueño y se fue.

Cuando se había alejado unas cuarenta vertsas, paró de nuevo para alimentar a los animales, reposó en el zaguán de la posada, y para la comida salió al porche y ordenó poner el samovar, sacó la guitarra y se puso a tocar. De pronto, llega a la posada una troika con campanillas, sale del carruaje un funcionario con dos soldados, se acerca a Axionov y le pregunta quién es y de dónde. Axionov se lo cuenta todo tal y como es y le invita a tomar un té con él. A lo que el funcionario responde con más preguntas: «¿Dónde dormiste anoche? ¿Solo o con un comerciante? ¿Viste al comerciante por la mañana? ¿Por qué te fuiste

tan temprano de la posada?». Axionov se sorprendió de que le preguntara todo aquello, le contó todo tal y como había sido y le dijo: «¿Por qué me interroga así? No soy un ladrón, ni un bandolero cualquiera. Viajo por asuntos privados y no tiene por qué preguntarme nada».

Entonces el funcionario llamó a los soldados y dijo:

—Soy jefe de policía y te pregunto porque el comerciante con el que pasaste la noche ha sido degollado. Enséñame tus cosas. Y ustedes, registrarlo.

Entraron en la isba, cogieron la maleta y el saco, y comenzaron a desatarlo todo y a buscar. De pronto el jefe de policía sacó un cuchillo del saco y gritó:

—¿De quién es este cuchillo?

Axionov echó un vistazo, vio que habían sacado un cuchillo ensangrentado de su saco y se asustó.

—¿De qué es la sangre que hay en el cuchillo?

Axionov quería responder pero no le salían las palabras.

—Yo… yo no sé… yo… cuchillo… yo… no es mío…

Entonces el jefe de policía dijo:

—Por la mañana encontraron al comerciante degollado en su cama. Solo tú pudiste hacerlo. La isba estaba cerrada por dentro y no había en ella nadie más que tú. Y además el cuchillo ensangrentado está en tu saco, y se te nota en la cara. ¡Habla! ¿Cómo lo mataste y cuánto dinero le robaste?

Axionov juró que él no lo había hecho, que no había visto al comerciante después de haber tomado el té con él, que el dinero que tenía eran sus 8000, que el cuchillo no era suyo. Pero la voz se le rompía, estaba pálido, y temblaba de miedo, como si fuera culpable.

El jefe de policía llamó a los soldados, ordenó atarlo y llevarlo a la telega. Cuando, con las piernas atadas, lo cargaron en la telega, Axionov se persignó y comenzó a llorar. Le quitaron sus cosas y su dinero y lo mandaron a la ciudad más cercana, a la prisión. Enviaron emisarios a Vladimir para averiguar qué clase de persona era Axionov, y todos los comerciantes y habitantes de Vladimir declararon que Axionov de joven había bebido y parrandeado, pero que era buena gente. Entonces comenzó el juicio. Le acusaron de haber matado a un comerciante de Riazán y de haberle robado dinero: 20 000.

La esposa se consumía de pena por el marido y no sabía qué pensar. Los niños todavía eran pequeños, uno de pecho. Los cogió y se fue a la ciudad en la que su marido estaba retenido en prisión. Al principio no la dejaban pasar, pero después, a base de ruegos, consiguió el permiso de los jefes y la llevaron hasta su marido. Cuando lo vio con el uniforme de preso, encadenado, mezclado con los bandidos, se desmayó y tardó un buen rato en volver en sí. Después puso a los niños alrededor suyo, se sentó cerca de él y empezó a contarle asuntos domésticos y a preguntarle por todo lo que le había ocurrido. Él se lo contó todo.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo ella.

—Hay que pedir clemencia al Zar. ¡No se puede destruir a un inocente! —respondió él.

La esposa le contó que ya había hecho una petición al Zar, pero que no había prosperado. Axionov no dijo nada y simplemente bajó los ojos. Entonces la esposa añadió:

—No en vano tuve yo aquel sueño, ¿recuerdas?, en el que te cubrías de canas. Ya ves, realmente la pena te ha hecho encanecer. No deberías haber ido.

Y empezó a acariciarle el pelo al tiempo que le decía:

—Vania, amigo del alma, dile a tu mujer la verdad: ¿no fuiste tú quien hizo esto?

Axionov exclamó: «¡Eso es lo que piensas tú de mí!». Se tapó la cara con las manos y empezó a llorar. Después llegó un soldado y dijo que la mujer y los niños tenían que irse. Y Axionov se despidió de la familia por última vez.

Cuando la esposa se fue, Axionov comenzó a rememorar lo que habían hablado. Cuando recordó que su esposa también había pensado que él podía ser culpable y le había preguntado si había matado o no al comerciante, se dijo: «Es evidente que, excepto Dios, nadie puede saber la verdad, y solo a Él se puede suplicar, solo de Él esperar misericordia». Y desde ese momento Axionov dejó de hacer peticiones, de tener esperanza, y se limitaba a rezar a Dios.

A Axionov lo condenaron a recibir latigazos y a trabajos forzados. Y así se hizo.

Lo azotaron con el látigo y después, cuando se le cerraron las heridas de los latigazos, lo mandaron con otros presidiarios a Siberia. En Siberia, en el presidio, Axionov vivió 26 años. Su cabello se volvió blanco como la nieve, y la barba le creció larga, estrecha y canosa.

Toda su jovialidad desapareció. Se encorvó, comenzó a caminar lentamente, hablaba poco, nunca se reía y a menudo rezaba a Dios.

En la prisión, Axionov aprendió a coser botas y con el dinero que ganó compró un *Cheti-Minei* y leía las vidas de los santos cuando había luz en la prisión; y los días de fiesta iba a la capilla de la prisión, leía el *Apóstol* y cantaba en el coro; su voz todavía era buena. Los jefes apreciaban a Axionov por su resignación y los compañeros de prisión contaban con él y lo llamaban «padre» y «hombre de Dios». Cuando en la prisión tenían que hacer peticiones, los compañeros siempre enviaban a Axionov a hablar con los jefes, y cuando había disputas entre los presidiarios siempre acudían a Axionov para que los juzgara.

Nadie de su casa le escribía cartas, y Axionov no sabía si su esposa y sus hijos estaban vivos o no.

Una vez trajeron nuevos presos al presidio. Por la tarde, todos los presos veteranos se reunieron alrededor de los nuevos y comenzaron a preguntarles, quién era de qué ciudad o aldea y quién estaba allí y por qué asunto. Axionov también se sentó en la tarima cerca de los nuevos y, con los ojos bajos, escuchaba lo que contaban. Uno de los nuevos presos era un anciano alto y saludable de unos sesenta años con una canosa barba recortada. Contaba por qué lo habían cogido.

—Así es, hermanos, caí aquí por nada. Até el trineo al caballo del postillón. Lo cogimos, dicen, robaste. Y yo digo: solo quería ir más deprisa, el caballo lo solté. Y además el postillón es amigo mío. ¿No es cierto lo que digo? Robó, dicen. Y no sé qué ni dónde robé. Hubo asuntos por los que hace tiempo debería haber caído aquí, pero no pudieron demostrar nada, y ahora me encerraron aquí de manera ilegal. Sí, es cierto, estuve alguna vez en Siberia, pero no mucho tiempo…

—¿Y tú de dónde eres? —preguntó uno de los presos.

—Soy de la ciudad de Vladimir, de la clase media de aquel lugar. Me llamo Makar, de patronímico Semionovich.

Axionov levantó la cabeza y preguntó:

—¿Y no oíste, Semionich, en la ciudad de Vladimir hablar de los comerciantes Axionov? ¿Están vivos?

—¡Cómo no oír! Son ricos comerciantes, su padre está en Siberia por nada. Evidentemente igual que nosotros, pecadores. Y tú, abuelo, ¿por qué lo preguntas?

A Axionov no le gustaba hablar de su desgracia, suspiró y dijo:

—Por mis pecados llevo veintiséis años de trabajos forzados.

—Pero ¿por qué pecados? —preguntó Makar Semionov.

Axionov dijo: «El caso es que merezco esto», y no quiso contar más, pero otros compañeros de prisión le contaron al nuevo cómo Axionov había ido a parar a Siberia. Le contaron cómo en el camino alguien había matado a un comerciante y le había colocado a Axionov el cuchillo y cómo por eso, sin motivo, lo habían condenado.

Cuando Makar Semionov oyó esto miró a Axionov, se golpeó las rodillas con las manos y dijo:

—¡Asombroso! ¡Esto es asombroso! ¡Envejeciste, abuelo!

Comenzaron entonces a preguntarle por qué se sorprendía y dónde había visto a Axionov, pero Makar Semionov no respondió, solo decía:

—¡Es asombroso dónde nos toca vernos, muchachos!

Y estas palabras hicieron pensar a Axionov que esta persona podía saber quién había matado al comerciante. Dijo:

—Tú, Semionich, ¿oíste hablar de este asunto antes o me viste a mí antes?

—¡Cómo no oír! Los rumores corren como la pólvora. Pero hace mucho que ocurrió, y lo que oí, lo olvidé —dijo Makar Semionov.

—¿Puede ser que oyeras quién mató al comerciante? —preguntó Axionov.

Makar Semionov se echó a reír y dijo:

—Sí, es evidente que lo mató aquel al que le encontraron el cuchillo en el saco. Si al que te metió el cuchillo no lo cogieron, no hay ladrón. ¿Cómo te metieron a ti el cuchillo en el saco? ¿No lo tenías en la cabecera? Lo habrías sentido.

En cuanto Axionov escuchó estas palabras, pensó que ese era el que había matado al comerciante. Se levantó y se alejó. Esa noche, Axionov no pudo conciliar el sueño. Se apoderó de él el tedio, y comenzó a imaginar: se representó a su esposa tal como era cuando le había acompañado a la feria la última vez. La vio como si estuviera allí mismo, y vio su cara y sus ojos, y oyó cómo ella le hablaba y se reía. Después se imaginó a los niños, tal como eran entonces, pequeños, uno con pelliza, otro

de pecho. Y se recordó a sí mismo como el que había sido, alegre, joven; recordó cómo estaba en el porche de la posada donde lo cogieron, tocando la guitarra, con el ánimo alegre. Y recordó el cadalso donde lo azotaron, y al verdugo, y a la gente alrededor, y las cadenas, y los presidiarios, y los 26 años de vida en prisión, y su edad avanzada recordó. Tal tedio se apoderó de Axionov que hubiera querido suicidarse.

«¡Y todo por un malhechor!», pensó Axionov.

Y sintió tanta furia contra Makar Semionov que, aúnque fuera su perdición, quería vengarse. Estuvo recitando plegarias toda la noche, pero no consiguió tranquilizarse.

Durante el día no se acercó a Makar Semionov, ni tan siquiera lo miró.

Así pasaron dos semanas. Por las noches Axionov no podía dormir, y se apoderaba de él tal tedio que no sabía qué hacer consigo mismo.

Una vez, por la noche, salió a dar una vuelta por la prisión y vio que de una litera caía tierra. Se paró a mirar. De pronto Makar Semionov saltó de la litera y con cara de susto miró a Axionov. Axionov quería pasar de largo

para no verlo, pero Makar lo agarró del brazo y le contó cómo había cavado un túnel bajo el muro y cómo cada día llevaba la tierra en las botas y la tiraba en la calle cuando los conducían al trabajo.

—Tú calla, anciano, y te llevo. Pero si lo dices y me azotan, no te perdono, te mato —le dijo.

Cuando Axionov vio al causante de sus desgracias, tembló todo él de furia, giró el brazo y dijo:

—No tengo por qué irme y matarme no es nada, tú ya me mataste hace tiempo. Y contaré lo tuyo o no según Dios me dé a entender.

Al día siguiente, cuando llevaban a los presidiarios al trabajo, los soldados se dieron cuenta de que Makar Semionov tiraba tierra, se pusieron a buscar por la prisión y encontraron el agujero. El alcaide fue a la prisión y preguntó a todos quién había excavado el agujero. Todos se contradecían. Los que lo sabían no delataban a Makar Semionov porque sabían que por eso lo azotarían hasta dejarlo medio muerto. Entonces el alcaide se dirigió a Axionov. Él sabía que Axionov era una persona justa, y dijo:

—Anciano, tú eres sincero; dime ante Dios, ¿quién hizo esto?

Makar Semionov permanecía como si no fuera con él, y miraba al alcaide y no miraba a Axionov. A Axionov le temblaban las manos y los labios, y durante un buen rato no pudo decir palabra. Pensó: «Si le encubro, ¿entonces le perdono que me haya matado? Que pague por mi tortura. Si le delato es seguro que lo azotan. ¿Y si sospecho de él sin motivo? ¿Y acaso eso me va a aliviar a mí?».

El alcaide preguntó otra vez: «Está bien anciano, di la verdad: ¿quién excavó?».

Axionov miró a Makar Semionov y dijo: «Yo no lo vi y no lo sé». Así que no averiguaron quién había excavado.

A la noche siguiente, cuando Axionov estaba acostado en su litera y apenas se había dormido, oyó que alguien se acercaba y se sentaba a sus pies. Miró en la oscuridad y reconoció a Makar.

—¿Qué más necesitas de mí? ¿Qué haces aquí? —dijo Axionov. Makar Semionov permaneció callado. Axionov se incorporó un poco y dijo:

—¿Qué quieres? ¡Fuera! Si no te vas, llamo a los soldados.

Makar Semionov se inclinó cerca de Axionov y en voz baja le dijo:

—Iván Dmitrievich, ¡perdóname!

—¿Qué tengo que perdonarte? —dijo Axionov.

—Yo maté al comerciante y te coloqué el cuchillo. Quería matarte también a ti, pero hicieron ruido en el patio: te metí el cuchillo en el saco y salté por la ventana.

Axionov callaba, no sabía qué decir. Makar Semionov se bajó de la litera, se arrodilló en el suelo y dijo:

—Iván Dmitrievich, perdóname, por Dios, perdona. Confesaré que maté al comerciante y te soltarán. Podrás volver a casa. Axionov dijo:

—Para ti es fácil hablar. ¡Pero cómo lo soporto yo! ¿A dónde voy ahora?… Mi esposa murió, mis hijos me olvidaron; no tengo a dónde ir… Makar Semionov no se levantaba del suelo y golpeaba la tierra con la cabeza y decía:

—¡Iván Dmitrievich, perdona! Me resultó más fácil aguantar los azotes con el látigo que mirarte… Y por si fuera poco, te apiadaste de mí, no dijiste nada. ¡Perdóname, por Cristo! ¡Perdóname a mí, al maldito malhechor! —y comenzó a sollozar.

Cuando Axionov oyó que Makar Semionov lloraba, él mismo rompió a llorar y dijo:

—¡Dios te perdonará; es posible que yo sea cien veces peor que tú!

—Y de pronto sintió el alma aliviada. Y dejó de sentir nostalgia por el hogar, no quería irse de la prisión, solo pensaba en el final de la vida.

Makar Semionov no hizo caso a Axionov y se declaró culpable. Cuando llegó el permiso para que Axionov volviera a casa, Axionov ya había muerto.

Querer es poder
(Relato de cazador)

ESTÁBAMOS CAZANDO OSOS. Mi amigo tuvo la oportunidad de disparar a uno y lo hirió en el trasero. Quedó un poco de sangre en la nieve y el oso se fue. Nos reunimos en el bosque y empezamos a darle vueltas a cómo debíamos actuar, si perseguir al oso en el momento o esperar tres días, hasta que se tumbara.

Preguntamos a aldeanos cazadores de osos si se podía acosar o no a ese oso en el momento. Un viejo cazador de osos dijo: «No se puede, hay que dejar al oso aquietarse; se podrá ir tras él dentro de unos cinco días, yendo a por él ahora lo único que conseguirás es asustarlo y que no se tumbe».

Pero un joven aldeano cazador de osos discutió con el viejo y dijo que sí se podía ir en ese momento a por él. «Por esta nieve —dijo— el oso no puede huir muy lejos, es un oso gordo. Seguro que ya está tumbado. Y si no está tumbado, yo esquiando lo alcanzo».

Mi amigo tampoco quería ir tras él en ese momento y aconsejaba esperar. Entonces hablé yo: «No vale la pena discutir. Ustedes hagan lo que quieran, yo sigo el rastro con Demian. Que lo cercamos, bien; que no lo cercamos,

da igual, no tenemos nada mejor que hacer, y todavía es temprano». Así lo hicimos.

Los demás se dirigieron a los trineos, para irse a la aldea, y Demian y yo cogimos pan y nos quedamos en el bosque.

En cuanto se fueron todos, Demian y yo examinamos la escopeta, nos ceñimos el abrigo con el cinturón y seguimos las huellas.

Hacía buen tiempo: frío y tranquilo. Pero se esquiaba mal, la nieve era muy abundante y en polvo. Todavía había nevado la víspera, y la nieve aún no había posado en el bosque, así que los esquís se hundían una cuarta en la nieve, en algunas zonas incluso más.

El rastro del oso se podía seguir desde lejos. Se veía cómo el oso avanzaba, cómo en algunas partes se hundía hasta el vientre y levantaba nieve. Al principio seguimos las huellas por el bosque grande, y después, cuando las huellas entraron en un pequeño abetal, Demian se paró. «Hay que abandonar el rastro —dijo—. Debe estar tumbado por aquí. Anduvo sentándose, se ve en la nieve. Nos alejamos de las huellas y lo cercamos. Pero hay que ir sin hacer ruido, no se puede gritar ni toser, porque entonces lo asustas».

Nos alejamos de las huellas, hacia la izquierda. Anduvimos unos quinientos pasos, miramos, y las huellas del oso estaban de nuevo ante nosotros. Seguimos otra vez las huellas, y las huellas nos sacaron al camino. Nos paramos en el camino y buscamos con la mirada la dirección en la que se había ido el oso. En algunas partes del camino se veía cómo el oso había plantado la pezuña con todos sus dedos; en otras, que un hombre en *lapotes* había andado por el camino. Evidentemente, había ido hacia la aldea.

Avanzamos por el camino. «Ya no hay que mirar en el camino, se verá en la nieve dónde ha salido del camino a la izquierda o a la derecha —dijo Demian—. En algún lugar se desviará, no es posible que vaya a la aldea».

Así que seguimos por el camino más de una versta y vimos delante huellas que salían del camino. Las examinamos y, ¡asombroso!, las huellas del oso no iban del camino al bosque sino del bosque al camino: los dedos apuntaban hacia el camino. «Este es otro oso», dije yo. Demian miró con atención, pensó y dijo: «No, es el mismo, solo que trata de engañar. Salió del camino de espaldas». Seguimos las huellas, y en efecto, era evidente que el oso había andado unos diez pasos de espaldas desde el camino hasta un pino, se había dado la vuelta y había seguido recto. Demian se paró y dijo: «Ahora seguro que

lo rodeamos. No tiene más sitio para tumbarse que este cenagal. Vamos a rodearlo».

Fuimos a rodearlo por el frondoso abetal. Yo empezaba a cansarme y cada vez se me hacía más difícil avanzar. Por esos caminos, ora chocas con los arbustos de enebro, te enganchas, ora se te meten abetillos entre las piernas, ora los esquís se tuercen de manera extraña, ora chocas con un tocón o con un tronco ocultos bajo la nieve… Empezaba a cansarme. Me quité el abrigo, estaba empapado de sudor. Mientras, Demian iba como en una barca. Ciertamente es como si sus esquís avanzaran por sí solos. No se enganchaban en ninguna parte, no se torcían. Y todavía cargaba con mi abrigo sobre sus hombros y me animaba.

Dimos una vuelta de unas tres verstas, rodeamos el cenagal. Yo ya empezaba a quedarme atrás, a pararme, los esquís se torcían, las piernas se me enredaban. De pronto, Demian se para delante de mí y me hace señas con las manos. Me acerqué. Demian se agachó, susurra y señala: «¿Ves? Una urraca picotea sobre la loma; el pájaro lo huele desde lejos. Ahí está».

Nos apartamos del camino y después de recorrer una versta encontramos de nuevo el viejo rastro. De manera que hicimos un círculo alrededor del oso y él quedó en medio. Nos paramos.

Me quité la gorra y me desabroché de arriba abajo: tenía calor, como en los baños, estaba completamente empapado, como un ratón. Y Demian, colorado, se secaba con la manga. «Bien, barín, el trabajo está hecho, ahora toca descansar», dijo.

El crepúsculo comenzó a rojear a través del bosque. Nos sentamos en los esquís a descansar. Sacamos pan y sal del morral, primero comí nieve y después pan. Y me supo tan bien aquel pan, que me pareció que tan bueno no lo había comido en mi vida. Estuvimos un rato sentados, y empezó a anochecer. Le pregunté a Demian si estábamos lejos del pueblo. «Sí, unas doce verstas. Se está haciendo de noche, ahora debemos descansar. Ponte el abrigo, barín, no te vayas a resfriar».

Demian cortó una rama de abeto, quitó la nieve, hizo una cama, nos tumbamos uno cerca del otro, y pusimos los brazos debajo de la cabeza. No recuerdo cómo me dormí. Desperté a las dos horas. Algo crujió.

Me había dormido tan profundamente que al despertar no sabía dónde estaba. Volví la cabeza. ¿Qué maravilla es esta? ¿Dónde estoy? Tenía una especie de palacio blanco sobre mí, y columnas blancas, y por encima de todo brillaban lentejuelas. Miré hacia arriba, había dibujos blancos, y entre los dibujos, una especie de bóveda pavonada y luces multicolores brillando. Me

eché un vistazo, y recordé que estábamos en el bosque, comprendí que lo que a mí me había parecido un palacio era un árbol cubierto de nieve y escarcha, y las luces eran estrellas en el cielo que a través de las ramas titilaban.

Por la noche había helado: había escarcha en las ramas, y en mi abrigo había escarcha, Demian estaba totalmente cubierto de escarcha, y seguía cayendo escarcha. Desperté a Demian. Nos pusimos los esquís y nos fuimos. El bosque estaba tranquilo, solo se nos oía a nosotros deslizándonos por la blanda nieve, un árbol que crujía aquí o allá por la helada, y ruidos dispersos por todo el bosque. Solo una vez algo vivo hizo ruido cerca de nosotros y se alejó corriendo. Pensé que era el oso. Nos dirigimos hacia el lugar de donde venía el ruido, lo que vimos fueron huellas de liebres y álamos temblones roídos. Los habían comido las liebres.

Salimos al camino, nos atamos los esquís a la espalda y nos fuimos por él. Avanzar se hizo más fácil. Por el camino rodado, los esquís a la espalda se mueven de un lado para otro, traquetean, la nieve crepita bajo las botas, la fría escarcha se pega al rostro como si fuera pelusa. Y las estrellas a lo largo de las ramas parecen correr a nuestro encuentro, se encienden, se apagan, todo el cielo vibra.

Mi amigo estaba durmiendo, lo desperté. Le contamos cómo habíamos rodeado al oso e instamos al dueño de la casa a reunir para por la mañana ojeadores. Cenamos y nos echamos a dormir. Estaba tan cansado que habría dormido hasta la hora de la comida, pero mi amigo me despertó. Me levanté de un saltó y vi que mi amigo ya estaba vestido, y hacía tiempo enredando con la escopeta.

«¿Dónde está Demian?». «Hace rato ya que está en el bosque. Comprobó el cerco que habías hecho, volvió corriendo y se llevó a los ojeadores». Me lavé, me vestí, cargué mi escopeta, subimos al trineo y nos fuimos.

El frío era intenso, todo estaba en silencio y no se veía el sol, la niebla se mantenía alta y la escarcha se había asentado.

Anduvimos unas tres verstas por el camino, nos acercamos al bosque. Vimos que en una hondonada el humo azuleaba y había gente, aldeanos y aldeanas con garrotes.

Descendimos y nos acercamos a la gente. Los aldeanos estaban sentados, asando patatas y riéndose con las mujeres.

Y Demian con ellos. La gente se levantó, Demian los llevó a formar un círculo sobre nuestro cerco de la víspera. Hombres y mujeres se estiraron en una fila larga y fina, de treinta personas. Solo se les veía hasta la cintura. Entraron al bosque. Nosotros fuimos detrás, siguiendo sus huellas.

A pesar de que la senda estaba pisoteada, era difícil avanzar; no obstante, era imposible caer, íbamos como entre dos muros.

Habíamos andado así una media versta, cuando al mirar hacia delante vimos a Demian que, desde el otro extremo, venía esquiando hacia nosotros y nos hacía señas con las manos para que fuéramos hacia él. Nos acercamos a él y nos señaló un lugar. Me puse en mi sitio y miré alrededor.

A mi izquierda, un abetal alto a través del cual se veía hasta muy lejos; detrás de los árboles me parecía ver a un ojeador. Frente a mí, un abetal frondoso, joven, de la altura de una persona. Las ramas estaban dobladas por el peso de la nieve y goteaban. Entre los abetales, un camino cubierto de nieve. Ese camino viene directamente hacia mí. A mi derecha, un abetal frondoso y al final del abetal, un claro. Y en ese claro veo a Demian colocando a mi amigo.

Examiné mis dos escopetas, levanté los gatillos y me puse a pensar en qué lugar me vendría mejor situarme. Tres pasos detrás de mí había un pino enorme. «Perfecto, me pongo donde el pino y apoyo la otra escopeta contra él». Me acerqué al pino, me hundí por encima de las rodillas, pisoteé al lado del pino una zona de un *arshín* y medio y allí me acomodé. Una escopeta la cogí en la mano y la otra, con el gatillo levantado, la apoyé contra el pino. Saqué el puñal y lo guardé para estar seguro de que en caso de necesidad podría sacarlo fácilmente.

En cuanto me acomodé, oí a Demian gritar en el bosque: «¡Va! ¡Va por el camino! ¡Va!». Y nada más gritar Demian, en el círculo los aldeanos empezaron a gritar con diferentes voces. «¡Va! ¡Uuuuh!…», gritaban los hombres. «¡Caramba! ¡Suyo!», gritaban las mujeres con voces agudas.

El oso estaba dentro del círculo. Demian le hacía correr. Alrededor, todo el mundo gritaba, solo yo y mi compañero permanecíamos de pie, callados, sin movernos: esperábamos al oso. Estoy de pie, miro, escucho, se me acelera el corazón. Me agarro a la escopeta, tiemblo. Veamos —pienso—, aparece, apunto, disparo, cae… De pronto, oigo que a la izquierda, se desploma algo en la nieve, pero lejos. Miro al abetal alto, unos cincuenta pasos detrás de los árboles hay algo negro,

grande. Apunto y espero. Pienso: a ver si se acerca más. Miro y veo que mueve las orejas y se da media vuelta. De costado lo veo entero. ¡Enorme fierecilla! Apunto con osadía. ¡Zas! Oigo que se cae del árbol mi escopeta. Miro a través del humo, mi oso tira hacia el círculo y se esconde en el bosque. Vaya, pienso, menudo fracaso, ahora ya no vendrá hacia mí: o se le pone a tiro a mi amigo o se va entre los hombres, pero no vendrá hacia mí. Permanezco de pie, preparo la escopeta otra vez y presto atención. Gritan los hombres por todas partes, pero por la derecha, no muy lejos de mi amigo, oigo que grita de mala manera una de las mujeres: «¡Míralo! ¡Míralo! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Huy, huy! ¡Ay, ay, ay!».

Está claro que tiene al oso delante. Pierdo la esperanza de que venga hacia mí y miro a la derecha, a mi amigo. Veo que Demian, con los palos, sin esquís, corre por el sendero hacia mi amigo, se acuclilló detrás de él y le señala algo con el palo, como si apuntara al blanco. Veo a mi amigo echarse la escopeta a la cara y apuntar en esa dirección, donde señala Demian. ¡Zas!, disparó. «¡Vaya! —pienso—, lo ha matado». Pero veo que mi amigo no corre a por el oso. «Es evidente que o falló o le dio mal, ahora el oso retrocederá —pienso—, y ya no vendrá hacia mí». ¿Qué es eso? De pronto oigo frente a mí algo que avanza como un torbellino y resopla, y nieve que cae cerca. Miro y lo veo rodar hacia mí a toda

velocidad por el sendero entre los frondosos abetales, es obvio que el miedo lo ha sacado de sus casillas. Está a unos cinco pasos y lo distingo perfectamente: pecho negro y testa enorme con una mancha parduzca. Viene de cabeza directamente hacia mí y cae nieve menuda por todas partes. Y veo en los ojos del oso que no me ve, del susto se lanza a pecho descubierto, no importa adónde. Simplemente coincide que su camino va derecho al pino en el que estoy yo. Me echo la escopeta a la cara, y disparo, y él sigue acercándose. Me doy cuenta de que no acerté, de que la bala pasó de largo; él ni oye ni ve, viene hacia mí y sigue sin verme. Levanto la escopeta, casi le doy en la cabeza. ¡Zas! Le di, pero no lo maté.

Entonces, alzó la cabeza, amusgó, enseñó los dientes y enfiló directamente hacia mí. Agarré la otra escopeta pero, apenas la había cogido en la mano, él se abalanzó sobre mí, me derribó en la nieve y saltó por encima. «Uf —pienso— menos mal que me tiró». Al intentar levantarme, siento que algo me oprime, no me suelta. Sí, en el ataque no pudo controlar el impulso y me pasó por encima, pero luego se dio la vuelta y se echó sobre mí con todas sus fuerzas. Siento que me oprime, siento calor en el rostro, y siento que mete toda mi cara en sus fauces. Mi nariz está en su garganta, siento calor y huele a su sangre. Me ha puesto las patas sobre los hombros y no puedo moverme. Solo consigo inclinar la cabeza hacia el

pecho y sacar la nariz y los ojos de sus fauces. Pero él trata precisamente de enganchar los ojos y la nariz. Siento que me ha clavado los dientes de la mandíbula superior en la frente, cerca del pelo, y los de la mandíbula inferior cerca de los ojos, aprieta los dientes y comienza a presionar. Es como si me cortaran la cabeza con cuchillos; lucho, me suelto, y él se desquicia y muerde como un perro, aprieta y aprieta. Me escabullo y me coge de nuevo. «Me llegó el final», pienso. De pronto me siento aliviado. Miro y no está: se ha deshecho de mí y ha echado a correr.

Cuando mi amigo y Demian vieron que el oso me tiraba a la nieve y me mordía, se lanzaron en mi ayuda. Mi amigo, en su apresuramiento, se equivocó, en lugar de correr por el camino abierto, echó a correr campo a través y se cayó. Para cuando a duras penas salió de la nieve, el oso ya me había mordido todo. Y Demian, tal como estaba, sin arma, se lanzó por el camino con una rama gritando: «¡Comió al barín! ¡Comió al barín!». Corría y gritaba al oso: «¡Eh, tú, rebelde! ¡Qué haces! ¡Suelta! ¡Suelta!».

El oso obedeció, me soltó y echó a correr. Cuando me levanté, había sangre en la nieve, como si hubieran degollado un carnero, y sobre los ojos me colgaban jirones de carne, pero en caliente no me dolía nada.

Llegó mi amigo, se acercó gente, me miraron la herida, la lavaron con nieve. Yo me olvidé de la herida y pregunté: «¿Dónde está el oso, adónde huyó?». De pronto oímos: «¡Ahí está! ¡Ahí está!». Miramos y vemos que el oso corre de nuevo hacia nosotros. Agarramos las escopetas, y antes de que nadie tuviera tiempo de disparar, pasó de largo. El oso estaba furioso, quería seguir mordiendo, pero al darse cuenta de que había mucha gente se asustó. Por el rastro dedujimos que le sangraba la cabeza, queríamos ir a por él, pero empezó a dolerme la cabeza y nos fuimos a la ciudad a ver al doctor.

El doctor me cosió las heridas con seda y comenzaron a cerrarse.

Un mes después, salimos de nuevo tras el oso, pero no tuve ocasión de rematarlo. El oso no salió del cerco, solo daba vueltas en redondo y lanzaba unos gruñidos espantosos. Lo remató Demian. Mi disparo le había destrozado la mandíbula inferior y le había hecho saltar los dientes.

El oso era muy grande y tenía una preciosa piel negra.

Me hice con ella un espantajo y lo tengo tendido en mi aposento. Las heridas de la frente se cerraron, apenas queda una cicatriz en el lugar donde estuvieron.

ÍNDICE

“ La liebre jugueteó con sus compañeras, escarbó con ellas en la nieve helada, comió los cultivos de invierno y siguió adelante...

Colección
Lima Lee

